

# Hacia una teología cristiana del medio ambiente

*Paul Haffner*

**L**a palabra *oekologie* apareció hacia el final de la década de 1860, propuesta por el biólogo alemán Haeckel, derivada de la expresión griega que significa la casa o el lugar en que se habita. Durante los últimos cien años o más, la ciencia de la ecología ha avanzado rápidamente al ritmo de los problemas ambientales derivados del mal uso de los frutos de los adelantos tecnológicos del hombre. Especialmente durante los últimos treinta años, los medios de comunicación de masas han estado mostrando, casi diariamente, los múltiples signos de alarma de la actual crisis ambiental. Entre éstos se encuentran los problemas de la deforestación y de la desaparición de varias especies animales. Hay contaminación del aire (provocada, por ejemplo, por los gases que despiden los autos), contaminación del mar (por el petróleo vertido accidentalmente por los barcos) y del suelo (debida a los desechos químicos, por ejemplo). Grandes ciudades están inundadas de basura, y se han encontrado serias dificultades para depositar los desechos nucleares. Está además toda la cuestión de la destrucción de la capa de ozono por los fluorocarburos. Estos y otros problemas son el resultado de la intervención del hombre en el macro-ambiente de la naturaleza. Pero además el hombre interviene también en el micro-ambiente de las células de los organismos vivientes, provocando así diversos efectos indeseables. Nuestro Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, en su mensaje para

la Jornada Mundial de la Paz del 1 de enero de 1990, declaró que «aún no estamos en condiciones de evaluar los disturbios biológicos que podrían resultar del desarrollo sin escrúpulos de nuevas formas de vida animal y vegetal, por no hablar de la inaceptable experimentación que afecta a los orígenes de la vida humana misma»<sup>1</sup>.

Paralelamente al desarrollo de la ecología, ha surgido una pseudociencia basada en un punto de vista reduccionista del hombre y de su medio ambiente, de frente a la cual, es de gran importancia definir lo que realmente constituye el medio ambiente. Con respecto a la persona humana, éste no puede restringirse simplemente a las especies físicas, de plantas o animales, que forman su entorno. Así, el medio ambiente no puede ser definido solamente como la naturaleza en su, por así decir, «estado bruto», sino que también debe incluir alguna noción de la adaptación que el hombre ha hecho de la naturaleza, para bien o para mal. De ahí que se deba distinguir entre medio ambiente *natural* y medio ambiente *artificial*.

Para el hombre, que es una unidad de alma y cuerpo, el mundo natural no es su medio ambiente completo; se debe tomar también en consideración la cultura humana. Más aún, teniendo en cuenta la vocación sobrenatural del hombre, Dios y su gracia deben formar parte de su medio ambiente. Como hizo notar el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Centesimus Annus*, no es solamente el problema del medio ambiente natural lo importante, sino también «la más seria destrucción del *medio ambiente humano*, algo que de ninguna forma está recibiendo la atención que merece»<sup>2</sup>. De ahí que, con respecto al ser humano, el concepto de medio ambiente no puede reducirse a una simple cadena biológica de procesos vitales. Cualquier discusión acerca del medio ambiente natural del hombre, debe tener claramente en cuenta el hecho de que la persona humana está constituida de alma y cuerpo y que, además, está en relación con otros seres humanos. Incluso a nivel natural, la persona humana puede llegar a un concepto de Dios. Con todo, es principalmente cuando tomamos en consideración el orden sobrenatural, que podemos hablar de Dios como el Ambientador de la

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, *Paz con Dios creador, paz con toda la creación*. Mensaje para la Jornada mundial de la paz 1990, 7.3.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Centesimus Annus*, 38.

persona humana<sup>3</sup>. Estas consideraciones acerca de la naturaleza espiritual del hombre y de la mujer son sistemáticamente rechazadas por las filosofías y sistemas políticos materialistas de nuestros días, tales como el comunismo en sus varias formas, el capitalismo en muchas de sus variedades, el panteísmo y las ideas conexas con la francmasonería. Bien puede además notarse que los tres principales sistemas materialistas del siglo pasado han sido el Freudianismo (con su reducción de la naturaleza del hombre y la mujer), el Darwinismo (con su distorsionada visión de la evolución) y el Marxismo (con su erróneo análisis socio-político). Éstas y otras falsas filosofías han ejercido su influjo en la ideología ecológica.

Una adecuada teología del medio ambiente, por lo tanto, abarca a Dios, a la persona humana y a la naturaleza; de ahí que los problemas relativos al medio ambiente no puedan ser resueltos en términos meramente socio-políticos. El Papa Juan Pablo II claramente señala que la crisis ecológica es un problema moral<sup>4</sup>. Este hecho es frecuentemente ignorado por los políticos, que usan el término «ecología» como un *slogan* útil para obtener credibilidad<sup>5</sup>, o bien como un medio para promover sus propias ideologías materialistas. Por lo tanto, resulta absolutamente inaceptable seguir los planteamientos de ciertos ecologistas que ven la solución de la crisis del hombre y su medio ambiente en términos de control de población. Tales manipulaciones ideológicas tienen como raíz una filosofía egoísta, que intenta, de hecho, hacer la vida más placentera a los países más ricos, pero ignorando las áreas menos desarrolladas. En estos estados más pobres, el control de la población frecuentemente debilita la capacidad humana real que sería necesaria para el desarrollo y cuidado del medio ambiente.

El sistema moral cristiano que se use para discernir las líneas correctas de acción en el campo ecológico, debe estar a su vez basado en la visión cristiana del cosmos. Resulta patente, por la historia, que la Iglesia posee una fuerte tradición teológica de respeto por la tierra y por todo lo que ella contiene. San Benito y San Francisco nos han enseñado, según sus

---

<sup>3</sup> E. HOLLOWAY, *Catholicism: A new synthesis*, Wallingford, Surrey: Faith-Keeway, 1879.

<sup>4</sup> *Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada mundial de la paz* de 1990, 6, 7, 15.1.

<sup>5</sup> Conferencia Episcopal de Lombardía, *La questione ambientale: aspetti etico-religiosi*, Milán: Centro Ambrosiano di Documentazione e Studi Religiosi, 1988, pp. 13-14, traducción *Ecclesia*.

diferentes pero complementarios caminos, a respetar la creación de Dios. De hecho, fue la Edad Media, permeada por la fe católica viva en el Dios que creó el mundo *ex nihilo* y *cum tempore*, la generadora de la ciencia moderna<sup>6</sup>. Sin embargo, después de la Edad Media, la íntima relación entre fe y ciencia se derrumbó, y esta fragmentación encontraría su expresión en el pensamiento del Iluminismo. Se exageró la autonomía de la ciencia hasta tal punto que los científicos no recurrieron ya a las verdades morales propuestas por la Iglesia, para evaluar correctamente las aplicaciones tecnológicas de la ciencia. Es precisamente esta carencia de conciencia moral en la sociedad la que constituye la raíz de los problemas actuales del medio ambiente.

Según la visión cristiana, Dios era absolutamente libre al crear el cosmos, el cual es esencialmente bueno y racional. Dios es distinto de su creación, excluyendo así el panteísmo. Por el contrario, en casi todas las aproximaciones no-cristianas a la idea de creación existe por lo menos algún rasgo de panteísmo, que resalta fuertemente en muchas ideologías «verdes» seculares.

Muchos libros de ecología cristiana recalcan que el pasaje de Génesis 1, 28 («*Y bendíjoles Dios, y díjoles Dios: 'Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra'*») hay que considerarlo en relación con Génesis 2, 15 («*Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase*»). De esta manera, el hombre nunca puede ser considerado como alguien que tiene una absoluta soberanía sobre la creación, sino más bien una responsable administración, de la cual debe dar cuentas a Dios, el Creador. La actividad humana debe ser vista como una participación en la tarea divina de la creación, siguiendo las leyes de Dios, sean naturales o reveladas.

Vemos en el Antiguo Testamento que el mundo infrahumano logra su pleno significado sólo en relación al hombre y a la mujer. En seis ocasiones a lo largo del primer capítulo del Génesis se afirma que Dios ve como bueno lo que ha creado<sup>7</sup>. Sin embargo, en Génesis 1, 31, después de la creación del

---

<sup>6</sup> S. L. JAKI, *The Road of Science and the Ways to God*, Edimburgo: Scottish Academic Press, 1978, idem., *The Savior of Science*, Washington: Regnery Gateway, 1988.

hombre y la mujer, se afirma que «vio Dios cuanto había hecho, y todo era muy bueno». La creación entera llega a ser «muy buena» (en vez de simplemente buena) sólo después de la creación de la persona humana. La creación llega a ser «muy buena» solamente después de que el hombre y la mujer son creados como el ápice de todo lo que Dios ha hecho, criaturas dotadas de intelecto y voluntad libre. Más aún, el hombre y la mujer solamente encuentran su completo significado al estar en relación con Dios en Cristo. Frecuentemente en el pensamiento ecológico actual se distorsiona la relación del hombre y la mujer. En ciertas formas de feminismo se considera que la mujer ha sido objeto de opresión durante largos períodos de la historia, o se la considera en continua lucha con el hombre, según la perspectiva Marxista. Algunas veces se da un deseo de cierta igualdad superficial con el hombre, en términos de identidad de género. Esto ha conducido a los errores de la así llamada cultura «unisex». Estas nociones están lejos de la visión cristiana, en la cual la mujer y el hombre son igualmente coherederos con Cristo, pero diferentes en su constitución biológica y psicológica. Tales diferencias entre el hombre y la mujer enriquecen la creación, y hace falta explorar más profundamente todas sus implicaciones teológicas. Más aún, el verdadero papel de la mujer en la sociedad y en la Iglesia requiere todavía un ulterior desarrollo. De cualquier manera, la auténtica liberación de la mujer es la liberación del pecado, que la hace libre en Cristo.

Existe una diferencia *esencial* entre el hombre y los animales, hecho que es ignorado por muchos ecologistas, entre los que se da una tendencia a considerar a los animales como poseedores de la misma dignidad que los seres humanos. No raramente uno percibe más preocupación por los derechos de los animales que por los derechos de los aún no nacidos. En ciertos países existen cementerios especiales para perros (yo he visto uno que tiene ya más de cien años), mientras que las depauperadas gentes del tercer mundo frecuentemente ni siquiera reciben digna sepultura. Ciertamente, debe ser rechazada la crueldad con los animales. Formas de deporte (tales como la cacería) que implican sufrimiento para los animales, son indignas de los cristianos. Con frecuencia una persona que es cruel con los animales, mostrará también poca preocupación en lo que se refiere a sus semejantes, los

---

<sup>1</sup>Véase Gn 1: 4, 10, 12, 18, 21 y 25.

seres humanos. Respecto al trato de los hombres con los animales, el *Catecismo de la Iglesia Católica* declara:

«Los animales son criaturas de Dios, que los rodea de su solitud providencial (cf Mt 6, 16). Por su simple existencia, lo bendicen y le dan gloria (cf Dn 3, 57-58). También los hombres les deben aprecio. Recuérdense con qué delicadeza trataban a los animales san Francisco de Asís o san Felipe Neri... Es contrario a la dignidad humana hacer sufrir inútilmente a los animales y sacrificar sin necesidad sus vidas. Es también indigno invertir en ellos sumas que deberían remediar más bien la miseria de los hombres. Se puede amar a los animales; pero no se puede desviar hacia ellos el afecto debido únicamente a los seres humanos»<sup>8</sup>.

La verdadera naturaleza del hombre y la mujer en medio del cosmos se revela en el misterio de Cristo, quien, a la vez que revela a la Santísima Trinidad, revela también la perfecta humanidad. Por lo tanto, Cristo es la clave que revela el verdadero significado de la creación. Tal perspectiva cristocéntrica se encuentra ya en algunas de las Cartas Paulinas<sup>9</sup>. Esta visión ha sido desarrollada a lo largo de los siglos por teólogos tales como san Ireneo y el beato J. Duns Scoto. Más recientemente, Stanley Jaki ha mostrado cómo la doctrina de la Encarnación salvaguarda la noción de creación. La expresión «Hijo Unigénito» es una barrera poderosa contra el hecho de tomar el mundo por otra generación o emanación necesaria de la divinidad<sup>10</sup>. El cosmos es también contingente en cuanto elección divina entre un infinito número de posibles universos. La Encarnación del Verbo cierra la puerta a cualquier tipo de panteísmo y deísmo, errores que aparecen en varias ideologías ecológicas. «Otra contribución de la Cristiandad ortodoxa, dogmática, es... una fuerte apreciación del tiempo, tal como se experimenta realmente. Que la Encarnación tuvo lugar en un punto fijo del tiempo, señalado por la invariable referencia a Poncio Pilato en todas las fórmulas del Credo, no podía sino reforzar la percepción de la singularidad de cada momento y, por lo tanto, de la historia. Dado que tal singularidad es inconcebible en un contexto de recurrencia de eras cíclicas, la Encarnación añadió un ulterior énfasis en la percepción lineal del tiempo, que ha sido parte integral de la historia de la salvación del Antiguo

<sup>8</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2416 y 2418.

<sup>9</sup> Véase Col 1, 15-20 y Ef 1, 3-14.

<sup>10</sup> S. L. Jaki, *The Savior of Science*, pp. 72-73.

Testamento»<sup>11</sup>. La plena racionalidad del cosmos está «enraizada en la creencia en la estricta divinidad del Logos»<sup>12</sup>. Existe, pues, una teología de la creación muy específicamente cristiana, y sólo ella puede ser la clave para hacer frente a la actual crisis ecológica, como también a otros problemas morales.

La enseñanza católica ha afirmado siempre que los orígenes de la historia humana estuvieron marcados por una tragedia. G. K. Chesterton insistía en que el pecado original es el más evidente de todos los dogmas cristianos<sup>13</sup>. Los resultados del mismo han sido descritos desde los tiempos bíblicos. «¿Hasta cuándo estará de luto la tierra, y la hierba de todo el campo estará seca? Por la maldad de los que moran en ella han desaparecido bestias y aves. Porque han dicho: 'No ve Dios nuestros senderos'», dice el profeta Jeremías<sup>14</sup>. La violencia ha sido introducida en el cosmos como consecuencia del pecado original. El pecado nos aleja de Dios en primer lugar, y también de nuestros semejantes, de nosotros mismos y del mundo natural. Hay que recordar que tradicionalmente el hombre es tentado básicamente de tres maneras: el mundo, la carne y el demonio. Cada una de estas realidades tiene su influencia perniciosa sobre el hombre, induciéndolo a hacer un uso destructivo de la creación de Dios, no ya para la gloria del Creador, sino para los propios propósitos perversos y egoístas del hombre. En este contexto, la presencia del demonio en su calidad de vándalo cósmico se hace patente. El pecado ha tenido así efectos secundarios en el cosmos entero, que se deterioró después de la caída. Un eco de ésta se percibe incluso en la creación material no humana: «La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió» (Rm 8,20). De ahí que, en cierto sentido, el cosmos entero necesita ser recapitulado en Cristo (Ef 1, 10) para ser liberado «de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rm 8, 21). Esta liberación se da en la Redención, que se actualiza por medio de la Iglesia.

La consideración de la acción redentora de Cristo debe convencernos de que la sanación de las relaciones del hombre con su medio ambiente no

<sup>11</sup> P. Haffner, *Creation and Scientific Creativity: A Study in the Thought of S. L. Jaki* (Front Royal: Christendom Press, 1991), p. 108.

<sup>12</sup> S. L. Jaki, *The Savior of Science*, p. 77 (traducción *Ecclesia*).

<sup>13</sup> Véase G. K. CHESTERTON, *Orthodoxy*, Image Books: Nueva York, 1959, p. 15.

<sup>14</sup> Jr 12, 4; véase también Gn 6, 11-12; Os 4, 3.

es una tarea que pueda ser llevada a cabo solamente por manos humanas. Dado que el daño causado a la naturaleza es esencialmente un problema moral y procede del pecado, se hace necesaria la aplicación de la redención de Cristo. Este planteamiento está en abierto contraste con la noción, fuertemente política e ideológica, del hombre como ser autosuficiente, una noción que se encuentra en la mayoría de las ecologías seculares actuales. La ecología cristiana trata de Dios, que cura el cosmos a través de instrumentos humanos. La Cruz es el árbol de vida, la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte y, por lo tanto, sobre el uso pecaminoso que hombres y mujeres hacen de su medio ambiente. Solamente aplicando el poder de Cristo crucificado y resucitado se puede restablecer la paz con la naturaleza. El Misterio Pascual, empero, se hace presente a través del ministerio de la Iglesia en toda época y en todo lugar.

La función cósmica de la Iglesia se puede constatar ya en el Nuevo Testamento: «Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1, 22). San Pablo afirma también en su carta a los Colosenses: «Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia» (Col 1, 17-18). El cristiano, por el ejercicio de su función regia, es un mediador de esta redención del cosmos. La Iglesia en su plegaria y sus sacramentos aplica el poder de Cristo crucificado y resucitado para restaurar la paz en la naturaleza. Así, la espiritualidad nunca puede considerar la creación como independiente de la Encarnación y del Misterio Pascual. Ninguna espiritualidad de la creación debe jamás considerar la creación como aislada del pecado original y del Misterio Pascual, en una síntesis completa de la enseñanza católica. En toda espiritualidad católica de la creación tiene que haber, además, un puesto para María, la Madre de Dios, la Reina de todo lo creado, que intercede por sus hijos e hijas, mientras ellos se preparan para heredar la nueva creación.

Por último, el mundo, que tuvo un inicio, también tendrá un final; tal consumación no será llevada a cabo por la acción humana. La idea pesimista de que la crisis ecológica podría provocar el fin del mundo, parece arrebatar de las manos de Dios el control del punto final de la historia. La consumación final del cosmos, lo mismo que su creación, es una acción de Dios, trascendente a la vez que inmanente. No obstante, el cosmos material tiene su importancia, porque Cristo ha participado de él y lo ha usado en su ordenamiento sacramental. De este modo, existirá una

continuidad entre el cosmos de aquí y ahora y los nuevos cielos y la tierra nueva (Ap 21, 1).

En palabras del Papa Juan Pablo II, la línea a seguir en la formación ecológica «no debe estar basada en un rechazo del mundo moderno, o en un vago deseo de regresar a cierto «paraíso perdido»»<sup>15</sup>. Más bien, lo que hace falta para enfrentar los problemas actuales en relación con el medio ambiente es una clara presentación y proclamación de las verdades cristianas sobre el Creador y la creación. En esta tarea de testimonio, se abre un amplio campo para la colaboración ecuménica, como ha sido claramente afirmado por el Directorio Ecuménico revisado:

«Hay una conexión intrínseca entre el desarrollo, las necesidades humanas y la administración de la creación. Porque la experiencia nos ha enseñado que el desarrollo que responde a las necesidades humanas no puede hacer mal uso o excederse en el uso de las reservas naturales, sin serias consecuencias».

«La responsabilidad de cuidar la creación, la cual en sí misma tiene una dignidad particular, ha sido dada por el Creador mismo a todas las gentes, en cuanto que ellas deben ser las administradoras de la creación. A los católicos se les estimula a adherirse, en diversos niveles, a las iniciativas conjuntas dedicadas al estudio y a la acción sobre problemas que amenazan la dignidad de la creación y ponen en peligro la entera especie humana. Otros objetivos de tal estudio y acción podrían incluir, por ejemplo, ciertas formas aceleradas y descontroladas de industrialización y tecnología, que provocan la contaminación del medio ambiente natural, con serias consecuencias para el equilibrio ecológico... Un aspecto importante de acción conjunta en este campo, se encuentra en el área de la educación popular al uso de los recursos, tanto al uso planificado de los mismos como al cuidado de la creación»<sup>16</sup>.

En efecto, muchas Iglesias Cristianas y comunidades eclesiales han llegado a tomar conciencia de la necesidad de ofrecer claras directrices éticas

---

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada mundial de la paz* de 1990, 13.2.

<sup>16</sup> Pontificio Consejo para la unión de los cristianos, *Ecumenical Directory* (1993), 215, trad. *Ecclesia*.

en este tema. Las Iglesias Ortodoxas poseen una gran riqueza de espiritualidad respecto a la visión cristiana de la creación, que están empleando en la educación moral de sus fieles<sup>17</sup>. Bajo el patrocinio del Consejo Mundial de las Iglesias, se organizó una reunión en Seúl, Corea, en marzo de 1990, sobre «Justicia, paz e integridad de la creación». Una visión clara y unitaria de la enseñanza cristiana sobre la creación y su uso para gloria del Creador resulta, pues, de máxima importancia en nuestra época. Solamente en este contexto estaremos capacitados para llegar de alguna manera, lejos de toda ideología utópica, a la visión propuesta por Isaías de un cosmos redimido:

«Serán vecinos el lobo y el cordero,  
y el leopardo se echará con el cabrito,  
el novillo y el cachorro pacerán juntos,  
y un niño pequeño los conducirá.  
La vaca y la osa pacerán,  
juntas acostarán sus crías,  
el león, como los bueyes, comerá paja.  
Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,  
y en la hura de la víbora  
el recién destetado n  
Nadie hará daño, na  
en todo mi santó Mc  
porque la tierra estará llena del conocimiento de Yahveh,  
como cubren las aguas el mar» (*Is 11, 6-9*).

#### PAUL HAFFNER

El P. Paul Hauffner estudió física en la Universidad de Oxford y obtuvo el doctorado en teología por la Universidad Gregoriana de Roma, en donde imparte cursos de teología. Trabaja actualmente en el Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos. Ha publicado entre otros títulos, *Ciencia y creación en el pensamiento de Stanley Jaki*.